

*TOROS Y TOREROS EN LA  
LITERATURA COSTUMBRISTA DEL SIGLO XIX\**

M.<sup>a</sup> Isabel Jiménez Morales  
Universidad de Málaga



El tipo del torero y la escena de los toros fueron temas predilectos para muchos escritores de costumbres durante el siglo pasado en nuestro país. Ante hábito tan propiamente español, adoptaron actitudes diferentes, con las que pretendían censurar rasgos que habían degenerado con el paso de los años; al tiempo que se limitaban a enaltecer o presentar algunas galas de costumbre tan patria como castiza. Con distintos matices de enfoque según los escritores, a lo largo de toda la centuria predominaron dos posturas claramente antagónicas, heredadas ambas de épocas pretéritas: la complaciente y pintoresca, por una parte; y la condenatoria y satírica, por otra bien distinta. De éstas, la segunda fue la más cultivada por los costumbristas decimonónicos, de los que espigaré nombres como los de Larra o Mesonero, entre los más conocidos; o los de Agustín Azcona, Eugenio de Tapia, Vicente de la Fuente, Antonio

---

\* Este texto fue presentado como conferencia en el Seminario “Los toros entre la narración y la poesía”, dirigido por Antonio Ordóñez en el seno de los III Cursos de Verano del Centro de Estudios Superiores Ramón Carande. Dicho Seminario se celebró en Ronda, del 30 de junio al 4 de julio de 1997.

Romero Ortiz, Pedro Gómez Sancho, Carlos Moreno López, etc. En la otra vertiente, la casticista, militarían escritores de la importancia del malagueño Serafín Estébanez Calderón o del alicantino Antonio Flores, sin olvidar a los colaboradores que abordaron este tema en el volumen conjunto titulado *El pueblo andaluz*. Con esta intervención, me gustaría ofrecerles lo que en el siglo pasado era y significaba para la población un día de toros y cómo era vista esta fiesta por los escritores de costumbres. Para ello realizaré un breve recorrido por los textos más emblemáticos de la literatura costumbrista decimonónica, sin olvidar aquellos artículos que han permanecido olvidados durante décadas, especialmente en las páginas de las colecciones costumbristas de la segunda mitad de esa centuria.

Como buenos costumbristas, muchos de ellos se vieron en la obligación de justificar el tema de sus artículos taurinos. Mesonero Romanos (1821: 25) diría, por ejemplo, en *Mis ratos perdidos*, aunque con ciertos resabios irónicos, que no sería español si no dedicara su tiempo y dinero a rendir homenaje a los toros. Otros escritores comprendían lo delicado y difícil que para un pintor de costumbres era bosquejar en sus cuadros fiesta tan nacional, precisamente por la abundancia de textos que historiadores, poetas y filósofos habían dado a la estampa sobre este tema. Por esta razón y, porque entendían que, entre las normas de su arte, debían retratar hechos de los que habían sido testigos fieles, los costumbristas del siglo pasado justificaron su asistencia a una corrida de toros. Así lo haría el joven Mesonero en el libro antes citado, concretamente en el capítulo del mes de julio, que tituló “Toros”. En esta obra de juventud, *El Curioso Parlante* infor-

ma a sus lectores que va a contar lo que él vio en una corrida, la que presencié acompañado de un amigo que va a hacer las veces de cicerone. Ésta sería también la actitud elegida por Vicente de la Fuente (1839) y por Antonio Romero Ortiz (1850), quienes son testigos de excepción de una novillada el día de San Juan en un pueblo andaluz y de una corrida en Lisboa, respectivamente. Miguel Ramos Carrión (1873) publicaría en *Madrid por dentro y por fuera* un texto costumbrista cargado del máximo interés en el que él sería el guía de la escena, pues acompaña a un amigo extranjero que quiere ver una corrida, intrigado por la animación que presentan las calles y alrededores de la plaza. Alguno de estos escritores asistiría, no obstante, solo a los toros: tales son los casos de Agustín Azcona, Antonio Flores o Francisco Flores Arenas, autores de “Mis desgracias en una tarde de toros”, “Un día de toros en Madrid” y “Un día de toros en el Puerto”, títulos estos dos últimos de tanta raigambre sainetesca<sup>1</sup>.

La mayoría de quienes retrataron la escena taurina detuvieron su pluma en los preparativos de la corrida. Un escritor que obedecía al anagrama *Jasu Goaurni Inrraeno* advierte que «desde tres días antes y aun más, comienzan a notarse los síntomas precursores del acontecimiento» (1889: 4), desde el instante en que se fijan los carteles anunciadores. También eran importantes entre los aficionados el traslado de los toros a los corrales, el *enchiquerao* y la prueba de jamelgos. Pero solían iniciar los autores de costumbres sus comentarios con la comida. Como los toros empezaban en torno a las cuatro o las cinco de la tarde, todos indican la

---

<sup>1</sup> Comparar, en particular, con el que Juan Ignacio González del Castillo tituló *El día de toros en Cádiz*.

necesidad de anticipar el almuerzo lo suficiente para no llegar tarde a la plaza. En consecuencia, solía comerse rápido y mal, máxime cuando no se almorzaba en casa, como lo describe el gaditano Flores Arenas cuando se desplaza al Puerto de Santa María para asistir a los toros. En todas las fondas de esta localidad se han acabado las provisiones, sólo llegando a la cuarta le dan esperanzas de comer algo que resulta ser escaso, duro y malo. Como él es espectador de excepción de la escena, dice haber visto en la posada a una multitud de hombres que debían ser artesanos, «que gastaban sus pesos con tal rumbo que no parecía sino que dejaban en su casa algún gato de doblones, siendo lo cierto que al inmediato día acaso no tendrían pan que llevar a la boca» (1853: 138a). Y, a renglón seguido, en una afirmación algo adversa para los habitantes del mediodía de España, puntualizaba: «no podía, por tanto, dudarse que aquéllos eran andaluces, y lo que es más, gaditanos» (pág. 138a).

Después del frugal y pésimo almuerzo, los aficionados debían trasladarse a la plaza. Tal era el entusiasmo que esta costumbre despertaba en ellos que las ciudades solían experimentar un cambio radical. Larra (1828) ya había escrito en “Corridas de toros”, texto de digresión ciertamente desmedida<sup>2</sup>, que, en llegando el lunes, los madrileños parece que no han vivido el resto de la semana más que para la función. En consecuencia, se precipitan tumultuosamente en coches, caballos, calesas y calesines porque creen que todo el tiempo es corto para llegar al circo (Fig. n.º 13). Estos preparativos

---

<sup>2</sup> Su digresión, concebida como una historia del toreo, fue copia de la obra de Nicolás Fernández de Moratín: *Carta histórica sobre el origen y progreso de las fiestas de toros en España*.

se reflejan a la perfección en un artículo que Mesonero Romanos incluyó en la segunda serie de sus *Escenas matritenses*. Me refiero a “El día de toros” (1836). Su primera parte: “La casa de vecindad”, reproduce esa notable anima-



Fig. n.º 13.— Perea: *A los toros*, acuarela en —: *Álbum*, Barcelona, litografía y encuadernación de H. Miralles, Barcelona, h. 1896 (Apud. Berckemeyer, 1966: lám. 157).

ción que en toda la vivienda se experimenta por ser un día tan especial. El vecindario entero está revuelto y sólo piensa en que llegue la ocasión de subir a los coches de caballos y calesas que aguardan en la puerta. Hablando del transporte, apuntar que Agustín Azcona reprodujo con detenimiento en “Mis desgracias en una tarde de toros” el gráfico episodio que protagonizó cuando, para dirigirse a la plaza, se subió a un desvencijado calesín tan mugriento como su cochero. Su itinerario

rio e incidencias son de antología: blasfemias constantes, atropello de un bollero, posterior pelea y gritería, choque con otro calesín... (1839: 1010).

De todos los medios de locomoción que solían utilizarse para asistir a una corrida de toros era la calesa el más demandado por el pueblo. Tanto es así que cuando los costumbristas del siglo pasado deciden hacer el retrato del calesero, siempre aludirán a su desempeño profesional llevando a los clientes a la plaza en un día de toros. Juan Martínez Villergas (1843), por ejemplo, quien perfiló el retrato de este pintoresco tipo para el primer volumen de *Los españoles pintados por sí mismos*, así lo especificaría en un artículo en verso titulado “El calesero”. Indicaba que cuando hay toros, y especialmente en llegando Santiago, sus ingresos y viajes aumentaban considerablemente. A su vez, Isidoro Hernández incluiría en *El pueblo andaluz* un poema en el que el calesero se convertía en el protagonista de sus versos. Tan importante sería este personaje que es retratado por el autor invitando a los viandantes a que monten en su calesa si desean ir a los toros. Vocea la carrera a la plaza, mientras encarece las cualidades de su coche, con un lenguaje cargado de dialectalismos pésimamente transcritos (Hernández, ¿1865?).

Quienes han tratado de la animación que experimentaban las ciudades españolas un lunes de toros coinciden en resaltar –y no con agrado– que ya dos horas antes de que comenzase la función, empezaba el tráfago de gente de toda edad, sexo y condición:

«Porque la española fiesta,  
Tiene siempre el privilegio,

De traer juntas a todas  
Las clases de nuestro pueblo»  
(Sepúlveda, ¿1881?).

Los octosílabos de este romance no aludían al hecho tan denigrado por los costumbristas decimonónicos de que, por asistir con tanta asiduidad a la plaza, esos madrileños (como los demás españoles) abandonaban sus trabajos, con las nefastas consecuencias que ello acarrea al país. Este enfoque aparecerá en varios textos de uno de nuestros mejores costumbristas: Mesonero Romanos. Cuando el escritor madrileño detiene su pluma en perfilar los asistentes a una corrida en su artículo “Toros”, entre otros tipos advierte que había muchos artesanos que abandonaron sus quehaceres y otros tantos empleados que, enfermos para trabajar, no lo estaban para asistir a la plaza; pues, como Antonio Gil de Zárate apuntó en “El empleado”, ésta era una de sus más destacadas aficiones, que luego le servía para comentar en esos corros que se formaban en las oficinas la última corrida, la caída de Costillares (Fig. n.º 14) o la estocada de Pedro Romero (Gil de Zárate, 1843: 41). Con tremenda ironía, se pregunta Mesonero si habrá alguien que pueda negar la sabiduría de esta costumbre tan nacional pues sus fines son filantrópicos: ¿por qué, en consecuencia, el artesano debe ir a su taller o el empleado a su oficina? En “El día de toros” repite idéntica reflexión. No puede compartir tanto fanatismo taurino cuando la agricultura y el erario español pierden tanto. En esta misma cuestión incidiría Antonio Romero Ortiz en 1850, cuando en su artículo “Una corrida de toros en Lisboa”, al entrar en la plaza y observar a los concurrentes, afirma con sorpresa: «lo que primero llamó

mi atención fue la ausencia de la clase artesana que en el mediodía de España sacrifica el trabajo de un día y el sustento de dos o tres para asistir, como juez inteligente, a ese sangriento espectáculo que nos han legado los árabes» (pág. 23).



Fig. n.º 14.— *Costillares*, grabado por J. M. Mixelle, cobre, talla dulce (Apud. Carrete y Martínez-Novillo, 1989: lám. 123).

Conseguir localidades para presenciar una corrida de toros en los dos primeros tercios del siglo no debía ser tan fácil como podría imaginarse, por los frecuentes comentarios que hacen los escritores, coincidiendo todos ellos en la incomodidad que debían soportar quienes compraban a última hora los boletos en las taquillas habilitadas a tal efecto en la plaza. A este punto hacen referencia varios de los escritores elegidos, entre otros, Azcona y Flores Arenas. Concuerdan en los codazos y pisotones, en

los lamentos, gritos ahogados e imprecaciones que allí se escuchaban y, especialmente, en la masiva afluencia de gente variorpinta. El primero dice haber visto allí, rodeando los despachos



de billetes, a «un centenar de personas que seguramente maldicen de los toros toda la semana, menos el lunes por la tarde» (Azcona, 1839: 1010b). La compra directa de los boletos era el método más usual, pero, como hoy, también funcionaba la



Fig. n.º 15.— Lake-Price: *Venta de localidades*, litografía coloreada (Apud. 1852: lám. I).

reventa (Fig. n.º 15). A ella tiene que acudir, por ejemplo, el propio Agustín Azcona para ver la corrida. De ella vivían gente de no muy buena reputación y otros individuos que ayudaban de ese modo a aumentar sus reducidos emolumentos. Entre ellos, los mozos de café, tal y como Benjamín M.<sup>a</sup> Palacios (1872) indica en el texto que publicó en *Los españoles de hogaño*, colección de costumbres concebida como continuación de *Los españoles pintados por sí mismos*. Como el mozo de café es aficionado a los toros,

conoce a los revendedores y chulos de la plaza que ponen a su disposición dos o más tendidos de sombra, que él paga a su valor y por los que exige al parroquiano cierto sobreprecio.

Los escritores que presenciaron una corrida de toros solían acomodarse en los tendidos, pues raramente iban a otro sector de la plaza. ¿Cómo, de otro modo, iban a poder relacionarse de forma estrecha con el pueblo? Cuanto más cerca estuviese de él mejor sería la observación de sus gestos y con mayor nitidez escucharían su palabrería infernal, pues los escritores que más se deleitan en el retrato del público pertenecían al enfoque satírico dominante. A ese decisivo momento alude F. Flores Arenas cuando relata la desilusión sufrida ante el efecto causado por la calaña de los asistentes, que pertenecen todos al pueblo. Y lo hará sirviéndose de una prenda de la indumentaria masculina, símbolo de superior clase social, que desentona en un lugar como ése. Para el autor gaditano, adentrarse en la plaza fue una verdadera humillación para su frac: «que iba a verse allí como ejemplar único entre tantas chaquetas y tantas mangas de camisa» (1853: 138b); aunque luego explica que, en realidad, dicha prenda ya había perdido sus pretensiones aristocráticas tras la compra del billete en la taquilla, pues, con tantas aperturas, sólo conservaba uno de sus faldones. Encontramos en este artículo de Flores Arenas, como en tantos otros, la idea del plebeyismo de los asistentes a la plaza, fenómeno social que inundó España en torno a 1750 y sobre el que Ortega y Gasset tanto reflexionó<sup>3</sup>. Relacionado también con este extremo, Mesonero Romanos detalla en *Mis ratos perdidos* que había tardado más de media hora en acomodarse en la plaza, por el gentío allí presente: «pero no me extrañaba tanta con-

---

<sup>3</sup> Me refiero a su obra *Goya*. Un interesante resumen de este concepto aparece en González Troyano (1988: 89-90).

currencia, considerando que no hacía nada menos que el larguísimo espacio de ocho días que no se disfrutaba semejante diversión, que es como si dijéramos el *Pan* de los españoles» (Fig. n.º 16) (1821: 25).

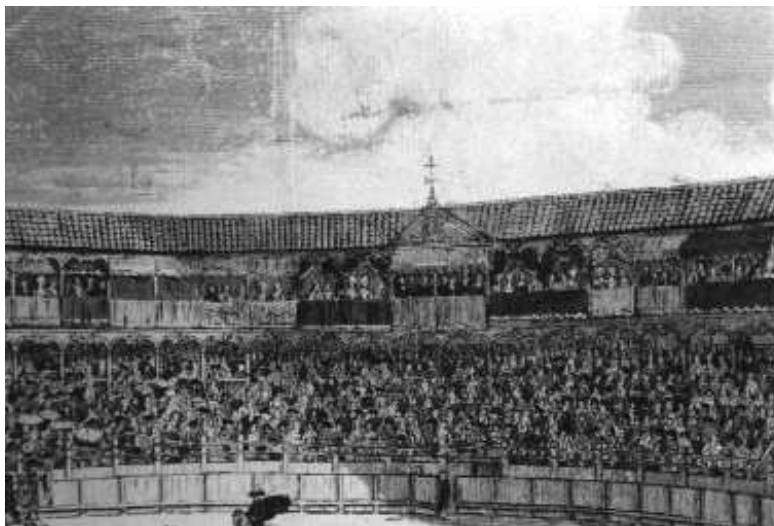


Fig. n.º 16.– Carnicero: *Vista de la Plaza y Corrida de toros en Madrid*, de la serie Colección de las suertes de una corrida de toros, fragmento, litografía (Apud. 1790).

A la afluencia masiva de público aludían casi todos los costumbristas y, entre ellos, Eduardo Asquerino, quien en su poema “Los toros de Jerez” afirma:

«Y apenas la luz despunta,  
Por aquel campo fecundo  
Tan gran multitud se junta,  
Que hay andaluz que pregunta:

¿Quién puebla el resto del mundo?»  
(¿1865?: 29).

La gran fortuna de Mesonero y de su acompañante al encontrar un asiento no parece compartirla Agustín Azcona en “Mis desgracias en una tarde de toros”. Si la primera parte es desafortunada, la segunda es aún más lastimosa. En ella describe los abusos que, en ocasiones, el Ayuntamiento cometía a la hora de vender más entradas de las permitidas. Tan grande era la afición entre el pueblo que solían aprovecharse –al menos así lo cuenta en 1839– los huecos bajo el entablado de los tendidos. Ésta es la causa de que el autor no pueda, en un principio, ni siquiera traspasar el pasillo, permaneciendo inmóvil, empaquetado entre otros espectadores, sin movimiento en brazos y piernas. Cuando llega el tercio de matar, los que están bajo el entarimado reivindican poder ver bien la faena. Para ello lo frecuente era introducir entre tabla y tabla palos que herían los pies a los del tendido, con las varas rompían las tablas y éstas saltaban a la altura de los palcos. Un segundo después había demasiados descalabrados, pues la «horda audaz y belicosa» había tomado el tendido como por asalto.

Llegado el momento de hablar del público y del ambiente que se respiraba en la plaza, habría que afirmar que este motivo se convierte en el más criticado por los que se afiliaron al enfoque satírico. Ya A. González Troyano (1988: 168) señaló que lo que se ha denominado tradicionalmente los «aledaños» de la fiesta tentó en especial a los escritores costumbristas por su preferencia a perfilar mejor escenas que tipos, centrándose en ese ambiente en el que se desenvuelven

los toros. Por encima de las censuras a la fiesta en sí o a los malos toreadores, aludieron a diferentes aspectos relacionados con el público que, en su opinión, debían condenarse. El primero que debo referir es la circunstancia de que no tener dinero para adquirir un billete no parecía ser impedimento para no asistir a la plaza. Esta eventualidad ya había sido destacada, con asombro, por algunos extranjeros que visitaron nuestro país y por escritores del siglo XVIII, como Juan Ignacio González del Castillo, quien hace de ello argumento central del sainete *El día de toros en Cádiz*. Pero volviendo al siglo que me ocupa, Ricardo Sepúlveda, en un tono festivo, dice que los aficionados eran capaces de empeñar los más necesarios y cotidianos objetos con la mayor naturalidad para poder asistir a los toros. Y, si no, escuchemos a varios viajeros que en ómnibus se encaminan a la plaza:

«Yo tuve que ir a empeñar  
Los tirantes y el chaleco.  
Pues yo, por *mor* de esta prójima,  
Empeñé ayer el brasero,  
Y así la traigo a los toros,  
Y la convido a refresco,  
Aunque mañana no coma  
O duerma...  
Sí, ya, en el suelo»  
(¿1881?: 195-196).

Esta conducta debió de ser muy común entre el pueblo. Cuando José Campo Arana escribe “La casa de préstamos”, único artículo que publicó en *Madrid por dentro y por fuera*,

pese a la reseñable longitud del texto, hace una breve alusión a esta costumbre tan propia de los aficionados taurinos. El autor, que previamente ha penetrado en una casa de préstamos donde se da dinero sobre alhajas y ropas en buen uso, hace una pequeña historia del porqué y el cómo han llegado allí todos los objetos expuestos, preguntándose si fue la miseria o el vicio los que movieron a los antiguos dueños a su empeño. En un momento del artículo, ve una joya que llama su atención y dice: «Aquel guardapelo que tiene esmaltado un pensamiento es un regalo de mujer convertido en moneda para cenar una noche en Fornos o asistir a una corrida de toros. Prenda de amor empeñada en cuarenta reales» (1873: 329).

Hubo escritores, como Larra, Mesonero Romanos o Gómez Sancho, que detuvieron su pluma en el público para perfilar un retrato de altísimo componente moral. Mediante éste podía contemplarse la degradación de ese plebeyismo de la fiesta taurina. *Figaro*, desde 1828, heredero en su postura crítica del neoclasicismo ilustrado<sup>4</sup>, ya dejaría sentadas las bases a este respecto en “Corridas de toros”, donde, sirviéndose de la ironía, da por recomendables los aspectos más reprobables de la fiesta. A su juicio, el público acude a la plaza orgulloso de manifestar que no tiene entrañas y que su recreo es pasear sus ojos en sangre, riendo y aplaudiendo al ver los destrozos de la corrida. En ese retrato que hizo, abocetó una serie de tipos para resaltar, ante todo, la hipocresía, barbarie y fanatismo de los asistentes. Entre ellos podía verse

---

<sup>4</sup> Para mayor información, *Vid.* J. Escobar (1973: 172-199). En estas páginas, el crítico analiza las fuentes ilustradas de “Corridas de toros”.

a ese artesano humilde que asiste «tal vez a buena cuenta de lo que piensa trabajar en la semana, pues el resto de la anterior pagó su tributo acostumbrado la noche del domingo en el *despacho de vino* de que es parroquiano» (1828: 29-30). Pero también, y la crítica es, si cabe, mayor, a esa casada que en todo ve sensibilidad o a aquella doncella que en la vida cotidiana se asusta si ve la sangre de un pinchazo, se desvanece si oye las voces estrepitosas de una pendencia o empalidece si ve correr a un ratón. Ambas se ufanan en ir a los toros, donde no se alteran de oír un lenguaje ofensivo ni se desmayan al ver vaciar las tripas del toro. Estos tipos fueron ampliados por *El Curioso Parlante* (1821: 25-26), quien incluyó a las damas que aparentan ser marquesas cuando tan sólo regentan tabernas, a las esposas que, para evitar el *fastidio* que debe causarles la ausencia de sus esposos, asisten solas a la plaza, donde entablan conversación con otros caballeros; o aquellos individuos que deben dinero y, no teniendo para comer, no se pierden una sola corrida.

El resto de los escritores de este enfoque se despojaron de esta lectura moral y, aunando el humor al tono censor, coincidieron en resaltar la confusión general en la plaza y, en especial, los desvergonzados chillidos de la aguadora, la procacidad de los soldados, la ruindad y ferocidad del público en general. Trascendiendo el lado romántico de la fiesta, caricaturizaron en más de una ocasión a los asistentes, que no aparecen como observadores neutrales, sino como fanáticos que equiparan la calidad de la lidia a la cantidad de sangre derramada. Allí podían verse a mocetonas de pelo crespo fumando puros, a individuos desharrapados bebiendo manzanilla o a zapateros completamente ebrios. Cierto es

que esta imagen festiva era más frecuente en la primera mitad del siglo o al menos así lo resaltaban los escritores de esta época, pues el zaragozano Ricardo Sepúlveda, quien retrató con detalle esta fiesta en “Las corridas de toros”, advierte cierto cambio en la actitud del público del último tercio del siglo. Entonces va a ser tratado con mayor complacencia que en otros artículos: ya no es tan belicoso ni maleducado, ya no baja a matar al toro ni pide sangre, aunque sí sigue emocionándose con una buena faena.

Quienes no podían faltar en una corrida eran los aguadores, pasteleros, naranjeros y, por supuesto, la presencia femenina, apuntada con denuncia moral muy clara por Larra y Mesonero y que ya se había verificado en tantos sainetes dieciochescos. Las majas van a ser el prototipo del público femenino en las plazas españolas. Entre sus placeres, preferirían los paseos en rueda, los bailes de candil y, por encima de cualquier otra diversión, la de los toros. El sevillano Manuel M.<sup>a</sup> de Santa Ana nos presentaría a este tipo como un ser caprichoso y de tal afición a la fiesta, que, con tal de que su majo la lleve a los toros, le incita a que empeñe su reloj y hasta a que robe el dinero necesario para los boletos. Incluso está dispuesta a irse con su rival. Este escritor diría de ella en *Los españoles pintados por sí mismos*: «Dos billetes para el tendido, una calesa y cuatro cuartos de avellanas bastan a veces para vencer los más duros corazones, siempre que sean corazones de majas. El amante desdeñado está seguro de ser bien recibido en un día de toros» (1844: 214).

En la plaza ellas suelen escuchar los enardecidos requiebros de los aficionados, y les gusta gritar hasta perder la voz; pero, por encima de cualquier cosa, son entusiastas



verdaderas de los toros y de las suertes arriesgadas y a ellas prestan toda su atención para coronarlas con un grito de triunfo o de espanto. De ahí que siempre que puedan se acomoden en un tendido de sombra, lo más próximo posible al toril. Esta misma afición se dio entre las manolas, transformación del tipo que acabo de apuntar, y que empezó a adoptar este otro nombre, en opinión de Joaquina Balmaseda (¿1881?), a partir de 1835; y también en las chulas madrileñas, última fase en la evolución del tipo. La diferencia es que ésta ya sabe leer y, aunque sigue asistiendo a verbenas y toros, la chula prefiere el café a la buñolería o la taberna y, de vez en cuando, gasta sus ahorros en alguna pieza del Eslava o del Teatro Variedades. Siguen gritando en la plaza, pero ya no van en calesa, como sus antecesoras, sino en ómnibus. La diferencia principal radica, obviamente, en los toreros que veneran: la maja aplaudía a *Pepe-Hillo*; la manola a Romero, Costillares, Montes, Cúchares y *el Chiclanero*; mientras que la chula admira a los del momento (Figs. n.º 17 y 18).

Los extranjeros eran también espectadores asiduos a las corridas. De ellos solían servirse nuestros costumbristas para justificar sus artículos, pues se ofrecían a ellos como cicero-nes. Cuando alguno aparece en estos textos, los autores aprovechan la oportunidad para burlarse del generalizado desconocimiento que en países vecinos había de las corridas de toros. Estos extranjeros suelen preguntar antes de que empiece la fiesta cuántos toreros van a morir. Los vecinos del tendido les van explicando en un español castizo el desenvolvimiento de la corrida y de dichas indicaciones sólo surgen situaciones de gran comicidad que resaltan la ridiculez de los forasteros. Éstos también eran utilizados por sus detractores

para afean costumbre tan bárbara. Aunque siempre salen defensores de los toros que arremeten contra lo que ellos consideran una actitud hipócrita. Antonio Flores, por ejemplo, no



Fig. n.º 17.— *La maja*, grabado de Giménez (Apud. AA.VV., 1851: 210).

se resiste a criticar a aquellos extranjeros que tanto se divierten con la fiesta nacional, «y despechados de no poderla tener en su patria, nos llaman bárbaros» (1877: 248). Miguel Ramos Carrión, avergonzado en “El tendido de los sastres” ante su amigo inglés, porque no sabe cómo disculpar la lamentable escena que acaban de presenciar, se queda estupefacto cuando le oye decir: «Es mucho más excitante que contemplar un caballo muerto, ver un hombre con las narices aplastadas, un ojo fuera y diez o doce huesos rotos» (1873: 106). Esa defensa inglesa del boxeo

es utilizada por el escritor para criticar la barbarie de otros países que dicen no entender esta costumbre tan española. Fue habitual esta doble crítica entre nuestros costumbristas, aunque me gustaría resaltar la original postura del malagueño Pedro Gómez Sancho, quien, desde las páginas de



Fig. n.º 18.— Rodríguez Guzmán: *Maja y torero*, ól./l., 41 x 62 cms. (Apud. Catálogo del Museo de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla).

la revista romántica *El Guadalhorce*, desvía conscientemente la sátira del mundo taurino para dirigir un ataque directo, en clave de humor, al Romanticismo ultrapirenaico que invadió España en las décadas en que él escribía. En “Costumbres. Toros y dramas”, defiende una tesis: la barbarie de la fiesta sólo es comparable –y superable en la mayoría de los casos– con la de los dramas románticos franceses, pues son, por naturaleza, tan sangrientos como perniciosos. En este texto también puede apreciarse la censura a aquellos extranjeros que juzgaban a España un país sanguinario y cruel, cuando ellos eran los primeros que se desvivían por asistir a una corrida (Gómez Sancho, 1839).

Pero terminar el apartado del público con el que sólo asistía a la plaza sería limitar la visión. Antonio Flores declaró en “Un día de toros en Madrid” que el objeto de su artículo no había sido «pintar las corridas, sino el pueblo que asiste a ellas» (1877: 247). Por ello, no se olvida de aquellos aficionados que, por pereza o por falta de recursos, se agolpaban todos los lunes fuera de la plaza. Solían juzgar los méritos de la corrida por los aplausos y los silbidos que escuchaban, al tiempo que veían sacar las reses muertas en el redondel. A estos aficionados, Miguel Ramos Carrión les dedicaría en 1873 un interesantísimo artículo al que aludiré más adelante.

Una vez en la plaza, acomodados entre los palcos, gradas, barrera y tendidos, el público esperaba a que diera inicio la corrida. Pese a lo que podría pensarse, los escritores de costumbres no detallaban los lances, pases y suertes de la lidia de los toros, quizá por falta de conocimiento en el arte. A veces se justificaban, especificando que en modo alguno iban a ser cronistas de lo que veían. Incluso los detractores de

la fiesta solían pasar por alto las incidencias de la corrida en sí, aludiendo muy restringidamente a ella. Un ejemplo lo tenemos en Mesonero Romanos, quien declara en “Toros”: «me limitaré a decir los efectos, para que por ellos se conozcan las causas» (1821: 26).

Pocos escritores se detienen en los primeros lances de la corrida, aun creyendo alguno de ellos que el despejo, la salida de la cuadrilla, el saludo y el aspecto especial que ofrece la plaza antes de comenzar la función eran lo único que podría agradar (Ramos Carrión, 1873: 98). El alicantino Antonio Flores, por ejemplo, (1877: 243) nos dice en “Un día de toros en Madrid” que todo el griterío de la plaza se apagaba en el instante de sonar la música de timbales y clarines. Era el momento de que entrasen los alguaciles, encargados de pedir la llave del toril a la presidencia y de recibir de ella las órdenes pertinentes (Fig. n.º 19). También entonces montaban a caballo y seguían vistiendo el mismo traje que utilizaban en los siglos XV y XVI. Nos dice este autor en otro texto distinto que, cuando los alguaciles saludaban y salían de la plaza, lo hacían entre los silbidos de los espectadores: «Esto último es tan indispensable en esos momentos, que si algún alguacil no tuviese la honra de ser silbado por el público, sus compañeros le obligarían a que presentase la dimisión de su destino» (Flores, 1856: 262). Como, en efecto, lo hizo uno que se creyó desairado porque le pareció que no había obtenido esta distinción de forma rotunda (Flores, 1877: 243). Este tipo, indispensable en el desarrollo de toda corrida de toros, fue retratado con ciertos visos románticos por Bonifacio Gómez para *Los españoles pintados por sí mismos*. Entre sus múltiples, y no siempre gratos cometidos, está el de asistir a la plaza; de

hecho: «entre todas las funciones, la de toros es la que más brillo y realce da a la clase, y mejor revela la importancia de



Fig. n.º 19.— El alguacilillo se dispone a recibir del Presidente la llave de toriles (Apud. postal).

la clase» (Gómez, 1843: 112a). También dejó constancia este escritor de la descarga de silbidos, voces y palos que chocaban en la barrera mientras estaba presente el alguacil, las mulas agitaban sus campanillas y los toreros desplegaban sus capas. Era una forma de rechazar al agente de la municipalidad que, acaso horas antes, había embargado los bienes de algún asistente o había detenido a alguno de sus familiares.

La entrega de la llave del corral a un chulo significaba que, en breve, aparecería el toro. Era éste el más decisivo instante: «En este crítico momento todas las miradas están fijas en el toril; los amantes se olvidan de sus

parejas, los celos hacen tregua, las conversaciones se suspenden y veinticuatro mil ojos, rebajando los de algunos espectadores tuertos, salen al encuentro de la fiera. Ábrese por fin el toril, y entra el bicho en la arena» (Flores, 1877: 243).



Fig. n.º 20.— Ginain: *Suerte de varas* de la serie *La Course des taureaux*, Paris, Goupil, h. 1855 (Apud. Col. particular).

Una vez el toro en la plaza, solía ser recibido por los picadores (Fig. n.º 20). Estos «toreros de a caballo», como los definiría A. Flores (1856: 262), no eran en nada parecidos a los de a pie, pues no necesitaban ser ligeros ni esbeltos, y le sobraban, por lo general, piernas. El escritor alicantino realizó en este texto un estudio casi fisiológico de los diferentes tipos de toreadores que había. Elabora casi un ensayo donde

explica los requisitos, aprendizaje y condiciones que cada uno de ellos debe reunir. De los picadores dice que les conviene ser gruesos, «aunque no tanto que los caballos (en su mayor parte tísicos) que salen a la plaza, no puedan sostenerle» (1856: 262a). Con la mano izquierda deben gobernar la cabeza del caballo, y la derecha deben tenerla muy robusta. Su afición a los toros le viene de la mocedad y, o ha sido vaquero, o ha asistido con asiduidad a los tentaderos, «verdadera escuela de un picador». Aparte de corazón y brazos, debe saber arrendar un caballo y necesita no reñir con el espada ni con ninguno de la cuadrilla para que le dejen acabar la faena con lucimiento y no le distraigan al toro antes de la suerte de picar. Antonio Flores parece simpatizar con esta figura, tan criticada en los textos costumbristas. Cuando enumera todas las contingencias que deben darse para su éxito en las corridas, llega a la última que no es otra que la actitud que adopta con ellos el público, pues «en ninguna suerte se cree más entendido, ni falla con más autoridad que en la de varas» (1856: 262b).

El primer tercio de la lidia: el de picas, sería el más retratado en el siglo XIX. Por la visión satírica que nos han legado de ella puede suponerse que era uno de los puntos de menor calidad que tenían las corridas. A este tercio, el sevillano Nicolás Díaz de Benjumea (1877; 1879) le dedicaría dos poemas que publicaría en la revista gaditana *La Verdad*. Me refiero a “El contrato de la pica o el quite” y a “La suerte de la pica”. No tienen la trascendencia documental de otros textos, pero, con un tono humorístico, sirven para resaltar la cobardía de algunos picadores y la fanfarronería de otros muchos. El público, juez inmisericorde y tirano, solía dedicarles los calificativos más insultantes porque no siempre



tenían el arrojito que ellos deseaban y, en su opinión, cuando eran cogidos, disimulaban el dolor, exagerando los gestos. Desde los primeros textos costumbristas encontramos que los alguaciles solían instar al picador a que fuera al toro, so pena de una multa. Al ser embestidos con demasiada frecuencia por éstos, era reseñable la alta mortandad de caballos y el riesgo de muerte de muchos picadores. Si hacían una buena faena, el público aplaudía enfervorizado, recompensándolos, como cuenta Eugenio de Tapia con la que realizó Sevilla:

«¡Qué aplausos!  
No he visto  
mayor frenesí:  
¿qué valen las glorias  
antiguas del Cid?»  
(1842: 15).

Pero cuando no era tan hábil el picador, ese mismo público pedía más y más varas, hasta quedar satisfecho de la suerte y saciar su sed de barbarie. No le importaba que muriesen cuatro o cinco caballos, siempre quería más. El hecho de que estas reses no llevasen peto, obligaba a que los picadores fuesen con las monas, especie de armadura de hierro desde la cintura al tobillo. La consecuencia más trascendente era el alto número de caballos que moría en la plaza, lo que movía a los contratistas a que sólo destinasen a la lidia reses héticas y viles, pese a los contratos que se hacían con los proveedores. Siempre había cláusulas donde se indicaban las condiciones necesarias para los caballos de picar –buena presencia, alzada correspondiente, no tener defectos notorios que moviesen a

irrisión, etc.—, sin embargo, eran excepción los que cumplían los requisitos teóricamente expuestos. Como apunta J. M.<sup>a</sup> de Cossío (1943: 888), los ruedos fueron el destino de todo caballo inútil y dañado. En ello insisten los autores que trataron de esta suerte. Eugenio de Tapia, en su romancillo hexasílabo, diría en tono festivo, después de muertos los dos primeros caballos y tras la salida de otro par:

«¡Qué flacos venís!  
Son galgos; no pueden  
¡ay Dios! resistir»  
(1842: 16).

También los matan: ya van cuatro caballos con el primer toro, pero el público poco sensible quiere más: «¡Oh gente más dura/ que el turco Selín!» (pág. 16), exclama. Esto se escribía en 1842 para el *Semanario Pintoresco Español*. Algunos años después, hasta el propio Antonio Flores, que en ningún momento fue hostil con esta fiesta, describe esa crueldad innata en el público. El primer toro ha tomado dos varas y ha matado los dos caballos y herido a un picador: «El público se entusiasma, agita los pañuelos, grita pidiendo caballos y picadores, y sintiendo que el toro se enfríe y que en vez de matar ocho jamelgos, no mate más que cuatro o cinco» (1877: 244). Tal sería la pésima calidad de los caballos de entonces que se confirma una vez más por un testimonio indirecto del compostelano Antonio Romero Ortiz. Cuando, junto a Magallaes Loureiro, visita la plaza lisboeta, para contemplar una corrida de toros, al ver los buenos y hermosos caballos que allí sacaban al ruedo, no puede por menos que reflexio-

nar: «Acostumbrado como estoy a ver en las corridas de mi país cuartagos tan ruines que no los quisiera un gitano, extrañoñome que así expusieran la vida de aquel precioso animal» (1850: 23).

La retirada de los caballos muertos y heridos solía hacerse, al menos en la antigua plaza madrileña<sup>5</sup>, por la misma puerta por la que entraban las cuadrillas al redondel. Ello se convertía en un espectáculo para aquellas personas que no tenían medios económicos suficientes para comprar una entrada. Así se reunían en la calle individuos de toda laña que, aficionados a los toros, se contentaban con escuchar los gritos y aplausos del público, para poder saber cómo iba desenvolviéndose la corrida. A este arrastradero le llamaba la gente baja de Madrid el tendido de los sastres y, como el anfiteatro estaba dividido en quince tendidos, solían llamar por burla a este lugar el número dieciséis. Miguel Ramos Carrión escribió para la colección costumbrista *Madrid por dentro y por fuera* un artículo en que describía este sitio y al que tituló con su mismo nombre: “El tendido de los sastres”. Este texto parece ser el primero en el que se describió aspecto tan censurable de la fiesta, pues se anticipó en veinticuatro años al que Vicente Moreno de la Tejera publicó en la revista taurina *La Lidia* en junio de 1897 (Nieto Manjón, 1987: 395). Miguel Ramos aprovecha la ocasión para hacer un fiel retrato de los asistentes y para denunciar su crueldad, mayor, si cabe, que la de aquéllos que ven el espectáculo taurino en el interior de la plaza. Con la mayor frialdad, cuando en el tendido dieciséis veían salir un caballo lleno de heridas que se

---

<sup>5</sup> Empezó a derribarse el 17 de agosto de 1874 (Cossío, 1943: 514).

dirigía a la enfermería, los allí reunidos discutían las cualidades del toro: si era corniveleto o cornigacho, si humillaba poco o mucho. Tal era el conocimiento del arte de estos aficionados que hasta podían juzgar las cualidades del matador, sin haberlo visto lidiar, con tan sólo contemplar las heridas del toro. Lo que no siempre se realizaba dentro de la paz de la conversación, pues los asistentes solían defender a sus matadores hasta llegar a la violencia. Violencia gratuita que es descrita por Ramos Carrión en una pequeña escena dialogada de su artículo. Ya en este siglo, un colaborador de la revista *Sangre y Arena* añade que, entre arrastre y arrastre, la pillería madrileña allí reunida jugaba a los bolos y al cané, al tiempo que veía pasar a los toreros desde la capilla a la plaza (Nieto Manjón, 1987: 395). El final del texto aparecido en *Madrid por dentro y por fuera* es una denuncia de la crueldad de aquellos concurrentes al tendido de los sastres que disfrutaban apaleando y acuchillando a los caballos moribundos, y a la de aquéllos que miraban con deleite tan repugnante espectáculo: «Aquello era como una cátedra donde se aprendía a dar puñaladas, allí se ejercitaban en hundir la hoja por donde no hallase resistencia; buscaban a porfía las navajadas de muerte, y se conceptuaba el más dichoso quien con la suya conseguía matar al noble bruto. ¡Horrible aprendizaje que acaso dé más tarde sus resultados!» (Ramos Carrión, 1873: 106). Como consecuencia de esa desagradable visión, el autor aconseja al Ayuntamiento que, cuando se construya la nueva plaza de toros, que, en efecto, se inauguró el 4 de septiembre de 1874 a la derecha de la carretera de Aragón, se habilite un patio donde, sin público, den muerte a los caballos que salgan heridos del redondel. Era imprescindible para

«evitar así el más degradante, el más escandaloso, el más inmundo de los espectáculos» (pág. 106).

Los escritores de costumbres, dentro de la lidia del toro, aludieron poco al tercio de banderillas, que también era pedido a gritos por el público asistente a la plaza, o protestado con silbidos a la presidencia cuando creía que aún se debían poner más. De todos los textos seleccionados, aparecen escasísimas referencias de las que entresaco la de Eugenio de Tapia. El banderillero Joaquín sale triunfante de su faena y el autor, apoyando una vez más la brutalidad del público, escribe los siguientes hexasílabos:

«El hierro punzante  
se clava, aplaudid,  
que el toro da brincos  
como un volatín»  
(1842: 16).

Una de las pocas y mejores descripciones de este tercio la hizo Estébanez Calderón, entusiasta ferviente de la fiesta, en una poesía: “Cuento. La miga y la escuela”. En ella describe cómo los niños y las niñas de dos escuelas cercanas, imitando las acciones de los mayores, juegan al toro:

«Lleva rehiletes  
Con arpón y fluecos,  
Y al toro provoca,  
Los brazos abriendo.  
Parten uno al otro  
Con torvos intentos.

Mas corta Jusepe  
Tierra al jarameño;  
Y en suerte vistosa,  
Cogiendo al sesgo,  
Le clava en la tabla  
Los dos instrumentos»  
(1839: 284).

Quien trató del banderillero fue Antonio Flores en “El toreador”, autor que con este artículo, más que retratar los diferentes tipos de lidiadores, parecía presentar a los propios toreros un breve ensayo de las condiciones que deberían reunir para mejorar su arte. Del banderillero apuntaba que solía proceder de los chulos, cuyo principal oficio en la plaza era empapar de arena la sangre con la que los caballos heridos regaban la plaza. Es un auténtico ayudante del espada y no puede hacer nada que él no le ordene. Aparte de tener un ojo en el toro y otro en el matador, su primera obligación es estar pronto a sacar el toro de los caballos, echándole el capote a los ojos. Sólo es realmente libre cuando pone las banderillas, pues es él quien decide el lucimiento de la suerte. Si pone tres o cuatro *al recorte* en una misma temporada, puede alcanzar una fama imperecedera (Fig. n.º 21).

Después de tres o cuatro pares de banderillas, pues su número quedaba al arbitrio de la autoridad, llegaba el tercio final y más deseado: la muerte del toro, seguida del descabello y retirada de la res. Tan sólo Antonio Flores explicaría en “El toreador” de forma sucinta las distintas maneras que había de matarlo, recayendo este cometido en el espada, rey de la fiesta. Este mismo autor, en “Un día de toros en Madrid”, ante

la excelencia de la suerte final que ha contemplado, eleva al torero a la calidad de héroe. Pero, cuando el tono de los textos no era complaciente, sino festivo y humorístico, los autores

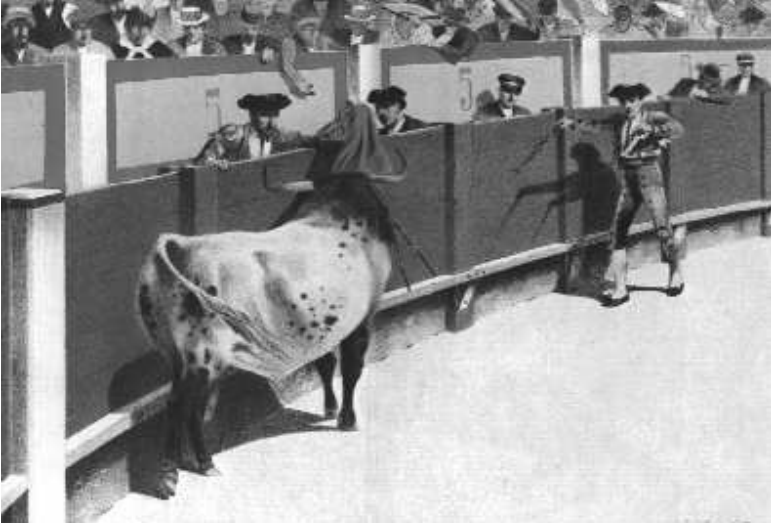


Fig. n.º 21.– Perea: Banderilleando al sesgo (Apud. una postal).

retrataban faenas mal hechas que, evidentemente, eran silbadas por el público, al que Eugenio de Tapia acusa de inconstancia en su texto del *Semanario Pintoresco Español*:

«te llaman servil:  
es voz de la plebe,  
ladrar de mastín;  
ayer te aplaudía:  
la plebe es así»  
(1842: 16).

La figura del torero, en sus diferentes variantes, no fue retratada por demasiados costumbristas decimonónicos. Salvo el texto de Antonio Flores (1856) y algunos poemas extremadamente castizos publicados en *El pueblo andaluz*, en los que se reforzaba el tópico de la Andalucía de charanga y pandereta (Gutiérrez de Alba, ¿1865?) o se enaltecía la gloria de un torero en particular –como el dedicado a *El Chiclanero* (Cisneros, ¿1865?), símbolo de la suerte más arriesgada de la lidia<sup>6</sup>; salvo estos limitados textos, repito, tenemos el célebre artículo con el que Tomás Rodríguez Rubí (1843) inauguró *Los españoles pintados por sí mismos*. No voy a detenerme demasiado en él por lo muy estudiado que ha sido en investigaciones anteriores a ésta (Fernández Montesinos, 1960: 130; González Troyano, 1988: 148-156; y Jiménez Morales, 1996: 109-111), pero para aquéllos que no estén familiarizados con la literatura costumbrista decimonónica, apuntaré que Rubí encontró en las fisiologías el molde idóneo para ofrecer a los lectores el detallado retrato del tipo en sus distintas variantes, como si de una especie zoológica se tratase. Utilizó para ello la misma terminología que se empleaba para clasificar a los toros según su condición y comportamiento en la plaza. En consecuencia, aparecería el torero *bravucón*, el *de sentío* –reverso del anterior–, el *abanto* y el de *buen trapío*, el bello ideal de todos los diestros. Una imagen menos romántica fue aportada por Ricardo Sepúlveda en “Las corridas de toros”, cuando describe a un torero que asiste al Suizo. Su

---

<sup>6</sup> Como apuntó A. González Troyano (1988: 182), en *El Chiclanero* probablemente se inspirara Cecilia Böhl de Faber para crear la figura del torero Pepe Vera de *La gaviota*.



tipo no es tan valiente como él mismo se cree, y «por dos horas de hacer que hacemos» gana más dinero que un ministro de la Corona. Esa denuncia, igual que su escasa formación taurómaca, la hace extensible a todos los toreros. Ésta es la causa primera de que muchos mueran y de la degeneración que parece entreverse en la fiesta nacional.

Quienes defendieron la pureza y calidad de las costumbres y enarbolaron la bandera del desenfado, la ironía y la burla, pintaron con demasiada frecuencia al seudotorero, dedicándole más cuadros de costumbres que al torero de buen trapío. No me extenderé en este punto, pues aún quedan varios aspectos que me gustaría tratar, por ello aludiré brevemente al texto que Carlos Moreno López publicó para *Los españoles de hogaño*: “El torero de afición” (1872). Su autor no pretendía entrar en el estado de la cuestión de las corridas de toros en el país, sólo quería añadir un cuadro más a la galería taurina contemporánea. Así, delinea a su aficionado para advertir a aquéllos que se creen en posesión de grandes facultades taurinas, cuando tan sólo se han encarado con una butaca, haciendo muleta de un tapabocas, asiendo un bastón como espada y poniendo banderillas a la criada de la casa. Su tipo pertenece a una clase elevada y, sin estudios de tauromaquia ni experiencia taurina alguna, sólo tiene un vivo deseo: torear en una becerrada. Cuando llega el día señalado, su aparente audacia se trueca en miedo y su ridiculez la intensifica el autor para criticar a aquellos advenedizos que querían legitimar la inexperiencia y la ignorancia. Este tipo, por otra parte, servía para ilustrar la quizás excesiva adopción de formas de vida, usos y costumbres del pueblo –en especial de toreros y gitanos– por parte de la aristocracia, como el ilerdense Emilio de la Cerca también apuntó

en “El señorito flamenco”, de su libro *Tipos de mi tierra* (1885). En la línea del aficionado de Moreno López se encontraba el seudotaurófilo de José Carlos Bruna, con la diferencia de que el tipo aparecido en *Los españoles de hogaño* pertenecía a la aristocracia y el de Bruna –malagueño de adopción, gaditano de nacimiento– es un tipo del pueblo. Así lo indica el autor al incluirlo en un apartado en el que sólo se codea con trinitarias, percheleras, criadas, niñeras, chaveas, jabegotes... (Bruna, 1888). Esa misma intención de manifestar la falta de profesionalidad de algunos aficionados a los toros se aprecia en “Aficionados taurinos” (Navas Ramírez, 1890), y en un momento muy concreto del artículo que Francisco Flores y García tituló “Los bufos” (1879), en el cual realizaba un ingenioso y cómico paralelismo entre este actor y el torero de afición, denunciando en ambos casos los hábitos corrompidos de unos tipos y unas costumbres de gran raigambre española.

Hemos visto cuáles eran los preparativos de la corrida y cómo se desenvolvía ésta según la personal visión que los costumbristas decimonónicos del país nos legaron en sus artículos. Aún hay que dedicar unos párrafos a los momentos que seguían a la finalización de la corrida. Ricardo Sepúlveda, que dividió su artículo de *Los hombres españoles, americanos y lusitanos* siguiendo la estructura dada por Mesonero a “El día de toros”, cuenta que la gente volvía a sus casas mohína y ronca de gritar al presidente y a los toreros maulones. Todos comentaban las incidencias de la corrida y defendían por encima de los otros a sus toreros favoritos. Normalmente se encaminaban a las tabernas y botillerías cercanas, donde seguían gastando, en no muy buenas compañí-

as, el dinero que quizá no era suyo. En un texto de Antonia Díaz de Lamarque (¿1881?), aparecía una interesante información. Esta escritora quería restituir la imagen de la mujer sevillana en cuanto a su afición a los toros y justificar que su presencia en la plaza se reducía, por regla general, a las corri-



Fig. n.º 22.– Roldán: *Niños leyendo un cartel de toros* mientras que en la pared se anuncia la ópera *Il Ballo in Maschera*, ól./l., Museo de Figueras (Apud. Quesada, 1992: il. 129).

das extraordinarias de beneficencia y a casos aislados, muy excepcionales. En épocas normales, asisten pocas señoras, mientras que no faltan hijas del pueblo. Explica que éstas no van allí por afición, sino por acompañar la madre a sus hijos, la esposa al marido y las hijas al padre anciano. No van a la plaza para divertirse, pues un fin más noble las guía: acompañan a sus familiares para impedir que, después de la corri-

da, sean arrastrados por malas compañías a tabernas y tablados donde se divierten y malgastan en una hora cuanto trabajaron en una semana, impidiendo que regresen ebrios, cansados e inhábiles (Fig. n.º 22).

Con respecto a los diestros, apuntar que también volvían a casa a ver a sus mujeres y a quitarse el traje para dirigirse al Café Imperial, a las nueve, pues este conocido establecimiento de la Carrera de San Jerónimo era, a juicio de Fernando Santoyo, «punto de reunión y palenque de nuestros diestros más afamados del toreo» (1873: 445). Aunque no era éste el único tipo de concurrencia, porque su parroquia –casi toda masculina– era muy variada y dicho café daba albergue en su recinto a reuniones de políticos, literatos, actores, periodistas, músicos y la de la última hora, «en la que Venus y Marte, y también Baco, son los encargados de hacer los honores a la concurrencia» (Bedmar, 1873: 377). Si así sucedía en la década de los ochenta; en las anteriores, sabemos por el barcelonés Roberto Robert que a los cinco minutos después de la corrida no se cabía en el Suizo Viejo, que «era todo Madrid o poco menos». Allí, «antes que estuvieran reunidos los especialistas del café de la Iberia, ya estaban juzgados el mérito de los diestros y la bravura de las fieras» (1873: 15-16). Es cierto que en el Café de la Iberia aludido se reunía de antiguo un círculo de aficionados al toreo, cuyo origen se pierde en el tiempo: «Son Pardo, La Marca, Gabriel *el Cachetero* y Ropa Santa, que forman una muy amena tertulia diaria, trasplantada a este sitio desde el que los reunía en el primitivo café de D. Eulogio, y que ahora como antes, están al detalle de cuanto concierne a las lides taurómacas, tema obligado de sus animadas polémicas» (Santoyo, 1873: 499-500).

La mayoría de los asistentes a este tipo de tertulias eran realmente entendidos en la materia, pero también perfilaron los costumbristas la degeneración de este tipo cuando ridiculizaban la figura del aficionado práctico, término acuñado por *Un copista*, colaborador de la publicación malagueña *El Juanero*. A juicio del autor, ese nuevo tipo sólo “trabajaba” en los cafés, donde daba rienda suelta a su fanfarronería y erudición inútil. Amparado en la ingenuidad e ignorancia de los otros contertulios, explicaba las suertes más convenientes del toreo, las cuales eran todas de su invención y sólo pretendía deslumbrar con su hueca palabrería (*Un Copista*, 1879). Ésta era la imagen dada por los costumbristas del último tercio del siglo pasado y en especial la de los colaboradores de la obra colectiva *Madrid por dentro y por fuera*. En décadas anteriores, los toreros, con su traje de corto y su coleta, gustaban de reunirse en el Café de Valencia y en el de las Cuatro Calles. En éste estaban a todas horas del día, especialmente por la noche, así como en los locales de las calles del Príncipe y de Peligros.

Hasta aquí este recorrido por la literatura costumbrista del XIX. Nos ha enseñado a conocer algo mejor la fiesta de los toros de la época y el ambiente que le rodeaba, que tanto apasionó a los españoles del pueblo y que tantas posturas encontradas generó entre los intelectuales decimonónicos. En la década de los ochenta, Ricardo Sepúlveda (¿1881?: 206), sin acritud, pero con la frialdad necesaria para evitar su compromiso con la defensa de los toros, manifestaba su esperanza en que, con el correr de los años, acabara la fiesta y su afición. Ha transcurrido más de un siglo, y aún sigue entusiasmándose el público, aunque su actitud es distinta, y los toreros, cada vez más instruidos en este arte, nos deleitan con él.

Afortunadamente, siglos de polémicas y de medidas censoras no han podido acabar con nuestra fiesta nacional. Y afortunadamente también, nuestros costumbristas se equivocaron al considerar que la contemplación de escenas tan sangrientas sólo podría conllevar la perversión y endurecimiento de las costumbres de todo un pueblo.

#### BIBLIOGRAFÍA

AA. VV. (1843-44): *Los españoles pintados por sí mismos*. (Cito por la 2.<sup>a</sup> ed.: Madrid, Gaspar y Roig Editores, 1851.)

AA. VV. (1872): *Los españoles de hogaño. Colección de tipos de costumbres dibujados a pluma*, Madrid, Imp. de Diego Valero, vol. II.

Asquerino, Eduardo (¿1865?): “Los toros de Jerez” en Gutiérrez del Alba, J. M. (Comp.) (¿1865?), págs. 29-34.

Azcona, Agustín (1839): “Mis desgracias en una tarde de toros” en *El Panorama*, Madrid. (Cito por Correa Calderón, E. (Ed.), *Costumbristas españoles. I. Autores correspondientes a los siglos XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Aguilar, 1964, (2.<sup>a</sup> ed.), págs. 1.009-1.013.)

Balmaseda, Joaquina (¿1881?): “La chula madrileña” en Sáez de Melgar, F. (Dir.) (¿1881?), págs. 261-275.

Bedmar, Enrique G. (1873): “El Café Imperial” en Blasco, E. (Dir.) (1873), págs. 371-377.

Blasco, Eusebio (Dir.) (1873): *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la Corte, enredos y mentiras, verdades amargas. Fotografías sociales. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embuste-*

ros. *Lo de arriba, lo de abajo y lo de dentro. Madrid tal cual es, Madrid al pelo, etc.*, Madrid, Imp. de Julián Peña.

Bruna, José Carlos (1888): “Tipos populares. El seudotaurófilo” en *Málaga humorística, descrita a grandes rasgos y en verso que parece prosa...*, Málaga, Tip. de Ramón Giral, pág. 40.

Campo Arana, José (1873): “La casa de préstamos” en Blasco, E. (Dir.) (1873), págs. 325-338.

Cerda, Emilio de la (1885): “El señorito flamenco” en *Tipos de mi tierra. Colección de artículos descriptivos de costumbres y Tipos andaluces ilustrados con dibujos del mismo autor*, Madrid, s. n., págs. 45-48.

Cisneros, Enrique de (¿1865?): “El Chiclanero” en Gutiérrez del Alba, J. M. (Comp.) (¿1865?), págs. 170-171.

Cossío, José M.<sup>a</sup> de (1943): *Los toros. Tratado técnico e histórico*. (cito por la 4.<sup>a</sup> ed.: Madrid, Espasa-Calpe, 1951, vol. I).

Díaz de Benjumea, Nicolás (1877): “El contrato de la pica o el quite” en *La Verdad*, Cádiz, marzo, n.º 75, págs. 7-8.

— (1879): “La suerte de la pica” en *La Verdad*, Cádiz, n.º 112, pág. 7.

Díaz de Benjumea, Nicolás y Luis Ricardo Fors (Dirs.) (¿1881?): *Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos. Colección de tipos y cuadros de costumbres peculiares de España, Portugal y América, escritos por los más reputados literatos de estos países...*, Barcelona, Est. Tip.-Ed. de Juan Pons.

Díaz de Lamarque, Antonia (¿1881?): “La sevillana” en Sáez de Melgar, F. (Dir.) (¿1881?), págs. 261-275.

Escobar, José (1973): *Los orígenes de la obra de Larra*, Madrid, Prensa Española.

Estébanez Calderón, Serafin (1839): “Cuento. La miga y la escuela” en *El Guadalhorce*, Málaga, 10-noviembre, n.º 36, págs. 283-285.

Fernández Montesinos, José (1960): *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*. (Cito por la 2.<sup>a</sup> ed.: Madrid, Castalia, 1972).

Flores, Antonio (1856): “El toreador” en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, págs. 261-263.

— (1877): “Un día de toros en Madrid” en *Tipos y costumbres españolas*, Sevilla, Francisco Álvarez y Cía, págs. 237-248.

Flores Arenas, Francisco (1853): “Un día de toros en el Puerto” en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, 1 de mayo, págs. 137-139.

Flores y García, Francisco (1879): “Los bufos” en *Galería de tipos. retratos y cuadros de costumbres*, Madrid, Imp. de J. Cruzado, págs. 84-95.

Fuente, Vicente de la (1839): “Costumbres provinciales. La novillada” en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, págs. 221-223.

Gil de Zárate, Antonio (1843): “El empleado” en AA. VV. (1843-44), págs. 40-44.

Goaurñi Inraeno, Jasu (1889): “La corrida” en *El Gimnasio*, Málaga, 29 de agosto, n.º 12, págs. 4-6.

Gómez, Bonifacio (1843): “El alguacil” en AA. VV. (1843-44), págs. 110-117.

Gómez Sancho, Pedro (1839): “Costumbres. Toros y dramas” en *El Guadalhorce*, Málaga, 27 de octubre, n.º 34, págs. 269-271.

González Troyano, Alberto (1988): *El torero, héroe literario*, Madrid, Espasa-Calpe.



Gutiérrez del Alba, José M.<sup>a</sup> (Comp.) (¿1865?): *El pueblo andaluz. Sus tipos, sus costumbres, sus cantares*, Madrid, Imp. de Gaspar.

—— (¿1865?): “El torero” en Gutiérrez del Alba, J. M. (Comp.) (¿1865?), págs. 139-140.

Hernández, Isidoro (¿1865?): “El calesero” en Gutiérrez del Alba, J. M. (Comp.) (¿1865?), págs. 112-113.

Jiménez Morales, M.<sup>a</sup> Isabel (1996): *La literatura costumbrista en la Málaga del siglo XIX. (Un capítulo del costumbrismo español)*, Málaga, Diputación.

Larra, Mariano José de (1828): “Corridas de toros” en *El Duende Satírico del Día*, Madrid, 31 de mayo. (Cito por Seco Serrano, C. (Ed.), *Obras de D. Mariano José de Larra (Fígaro)*, Madrid, Atlas, 1960, vol. I, págs. 25-31).

Martínez Villergas, Juan (1843): “El calesero” en AA. VV. (1843-44), págs. 138-142.

Mesonero Romanos, Ramón de (1821): “Julio. Toros” en *Mis ratos perdidos*. (Cito por Seco Serrano, C. (Ed.), *Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos*, Madrid, Atlas, 1967, vol. I, págs. 25-27).

—— (1836): “El día de toros” en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, págs. 65-68. (Cito por *Ibidem*, vol. II, págs. 13-19).

Moreno López, Carlos (1872): “El torero de afición” en AA. VV. (1872), págs. 259-277.

Navas Ramírez, José (1890): “Aficionados taurinos” en *El Ateneo*, Málaga, 29 de diciembre, n.º 509, págs. 4-6.

Nieto Manjón, Luis (1987): *Diccionario ilustrado de términos taurinos*, Madrid, Espasa-Calpe.

Palacios, Benjamín M.<sup>a</sup> (1872): “El mozo de café” en AA. VV. (1872), págs. 81-86.

Ramos Carrión, Miguel (1873): “El tendido de los sastres” en Blasco, E. (1873), págs. 97-107.

Robert, Roberto (1873): “El Suizo Viejo” en Blasco, E. (Dir.) (1873), págs. 15-21.

Rodríguez Rubí, Tomás (1843): “El torero” en AA. VV. (1843-44), págs. 2-5.

Romero Ortiz, Antonio (1850): “Una corrida de toros en Lisboa” en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, págs. 26-28. (Cito por *Toros y literatura costumbrista. Tres artículos del Semanario Pintoresco Español*, Madrid, Unión de Bibliófilos Taurinos, 1963, págs. 21-26).

Sáez de Melgar, Faustina (Dir.) (¿1881?): *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales. Sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país a que pertenece. Obra dedicada a la mujer por la mujer y redactada por las más notables escritoras hispano-americanas-lusitanas...*, Barcelona, Est. Tip.-Ed. de Juan Pons.

Santa Ana, Manuel M.<sup>a</sup> de (1844): “La maja” en AA. VV. (1843-44), págs. 213-216.

Santoyo, Enrique (1873): “El Café de la Iberia” en Blasco, E. (Dir.) (1873), págs. 495-504.

Santoyo, Fernando (1873): “La carrera de San Jerónimo” en Blasco, E. (Dir.) (1873), págs. 437-446.

Sepúlveda, Ricardo (¿1881?): “Las corridas de toros” en Díaz de Benjumea, N. y Ricardo Fors, L. (Dirs.) (¿1881?), págs. 192-206.

Tapia, Eugenio de (1842): “Los toros” en *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, págs. 15-16.

*Un Copista* (1879): “El aficionado práctico” en *El Juanero*, Málaga, 5 de enero, n.º 94, págs. 1-2.

